

POR
JORGE DE LOS SANTOS,
artista y pensador



Y LA NAVE VA

AQUELLA NOTICIA DE PRINCIPIOS DE 2013 OCULTABA ALGO SINIESTRO. NADIE SE PARÓ A ANALIZAR LO QUE PARECÍA BANAL, SOLO SE PRESTABA A LA BURLA Y AL CHASCARRILLO.

Sabine Moreau, una mujer belga de 67 años, subió a su coche para ir hasta la Estación Norte de Bruselas, un trayecto relativamente corto y que probablemente había realizado con anterioridad. Programó el destino en el GPS y varios días después apareció en Zagreb. Había recorrido unos mil cuatrocientos cincuenta kilómetros. No supo explicarlo, había seguido fielmente las indicaciones del mecanismo computacional anticipativo, no dudó del trayecto, pese a ver indicaciones en distintos idiomas, pernoctar en su vehículo y no entender la lengua de otro conductor con el que tuvo una pequeña colisión. «Estaba distraída», declaró a la policía. Lo inquietante en el error de madame Moreau es que el «advenir» no dependía de las condiciones volitivas, de los deseos o de las aspiraciones de ella, sino de la «voluntad» del GPS. Había perdido el sentido de su desplazamiento, este se había autonomizado, era inercial: ya no era su viaje. Moreau estuvo sometida a una fuerza ciega que marcaba y guiaba su destino, el desplazamiento era un error sin porvenir. Aunque realizaba algunas funciones, como cambiar de marcha o repostar, estaba «distraída» del sentido del viaje. «Existir» consiste en posicionarse hacia el afuera, pero el sujeto ha de hacerlo empujando con su voluntad el sentido de su posición. Por eso, puede decirse que durante dos días la señora Moreau dejó de existir.

UN DÍA DE 1886, JEAN-ALBERT DADAS LLEGÓ EXHAUSTO A UN HOSPITAL DE BURDEOS, había pasado cinco años, sin saber cómo, recorriendo Praga, Berlín, Viena, Moscú y Constantinopla. En su viaje le mordió un perro, sirvió en el ejército y desertó, fue encarcelado y trabajó en diversos oficios. No recordaba nada salvo bajo hipnosis, solo era consciente de que un día salió a andar. Dadas fue guiado por un automatismo, su deambular era inercial, no había ninguna voluntad propia que condujera sus pasos, hizo cosas pero no existió. El médico que lo atendió le diagnosticó dromomanía —de *dromos* («pista de carreras») y *mania* («locura»)—. Poco después, Jean-Marie Charcot, uno de los padres de la psiquiatría moderna, definió

el trastorno como «automatismo ambulatorio». Entre 1886 y 1909, hubo muchos casos de sujetos, normalmente varones, que deambulaban por Europa sin saber qué hacían, dónde estaban o cuál era su propósito.

EL CALOR ERA INTENSO EL MES DE JULIO DE 1518 EN ESTRASBURGO. La señora Troffea volvía a su casa cuando, súbitamente, sin motivo alguno, comenzó a bailar sin ser consciente de lo que hacía. Nadie consiguió detener su frenética e involuntaria danza y falleció a los tres días por agotamiento. Pero no solo le sucedió a Troffea, cuentan las crónicas que cuatro días después había más de treinta bailarines involuntarios en Estrasburgo y que, a mediados de agosto, se alcanzaron los quinientos. Ni místicos cultos devocionales a san Juan Bautista o a san Vito, ni la ingesta de alguna sustancia como el hongo cornezuelo en los cereales, ni un trastorno histórico colectivo, ni enfermedades como la epilepsia o el tifus han podido explicar la causa de la coreomanía en Estrasburgo aquel verano, ni los casos colectivos que tuvieron lugar entre los siglos VII al XVII en Centroeuropa. Y nada consiguió remediar la inercia involuntaria de los danzantes, ni el exorcismo, ni el acompañamiento de música para ordenar el baile (como en *El flautista de Hamelin*), ni el intento de razonar con ellos.

A día de hoy, parece claro que los casos de Moreau, Dadas y Troffea tienen en común la insufrible angustia de los sujetos por afrontar un mundo que se les devino inmundo, que se les escapa de las manos tanto como su propia voluntad. La impresión de que el mundo ha sobrepasado la medida humana nos genera la sensación de estar manejados por fuerzas fuera de nuestro alcance, que inhabilitan nuestra propia existencia. Tenemos la sensación de que hay que «hacer cosas», pero esas cosas empiezan a no tener sentido, y esto se asemeja a ponernos a andar sin saber quién anda, a bailar sin saber para qué o a coger el coche sin saber qué orienta el viaje. Estamos «distraídos», a punto de dar el primer paso, «un pequeño paso para el hombre, pero un gran salto para la humanidad»: el último y al vacío. □

“
Programado
destino en el
GPS... ¡Llévame
a Zagreb!”



SHUTTERSTOCK